

INSTITUCIÓN DEL MINSITERIO DE ACÓLITO

Parroquia de San Ignacio, Ponferrada

18 de marzo de 2017

La fiesta de San José, patrono universal de la Iglesia y de nuestros seminaristas, nos reúne en esta Iglesia parroquial de San Ignacio de Ponferrada para celebrar con nuestros seminaristas, mayores y menores, el Día del Seminario participando gozosamente de la eucaristía en la cual nuestro querido hermano Antonio Ferrer Soto será instituido acólito.

La parábola del padre bueno y de los dos hijos nos recuerda una vez más que Dios, nuestro Padre, es clemente y compasivo, misericordioso y bueno. Se trata de un canto al amor divino que espera pacientemente con la mesa puesta para sentar a todos sus hijos al banquete de las bodas eternas. Con este relato, Jesús quiere revelar a sus discípulos la intimidad del verdadero Dios. Un Dios que muestra en su rostro su amor y ternura por todas las cosas creadas y especialmente por el hombre creado a su imagen y semejanza.

Esta parábola ha sido motivo de comentarios, reflexiones y meditaciones orientadas todas hacia el perdón que Dios otorga a quien se acerca a Él con un corazón arrepentido y humillado. Hoy os invito a que meditemos la parábola aplicándola al banquete eucarístico como culmen del perdón y de la misericordia de Dios. Toda la acción del relato está orientada hacia el banquete que el padre manda preparar para sus dos hijos porque los conoce muy bien y sabe que tanto el que se marchó como el que se quedó necesitan participar juntos en el banquete, necesitan ser abrazados por el amor y el perdón de su padre.

El banquete que Dios ofrece, por medio de Cristo y de la Iglesia a la humanidad es la eucaristía. Como en la parábola todas las cosas creadas y toda la humanidad, aunque herida por el pecado de Adán, están orientadas hacia Cristo, realmente glorioso y presente en la eucaristía. Son muy hermosas las palabras con las que el Papa Francisco se refiere a la eucaristía como acto de amor cósmico: “En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico: «¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto

sentido, *sobre el altar del mundo*. La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración. En el Pan eucarístico, «la creación está orientada hacia la divinización, hacia las santas bodas, hacia la unificación con el Creador mismo». Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado” (LS 236).

En muchas parroquias se está celebrando durante la Cuaresma el llamado “cumplimiento pascual” que consiste en celebrar el sacramento de la penitencia y recibir la Sagrada Comunión como plenitud del perdón y experiencia culmen de la misericordia de Dios. Recuerdo en mis años infantiles cómo en mi parroquia “el día del cumplimiento” era una verdadera fiesta espiritual para todo el pueblo. Se respiraba un ambiente de alegría en la que participaban casi todos los vecinos. Con el paso del tiempo y las nuevas circunstancias se ha perdido de algún modo esta fiesta penitencial y eucarística. Desde la Santa Sede se nos invita a celebrar el cuarto domingo de la Cuaresma como un domingo dedicado al Señor contemplando su misericordia e implorando su perdón. Vosotros os habéis adelantado a esta iniciativa porque, desde ayer por la mañana hasta poco antes de la celebración de esta misa, muchos fieles habéis tenido la oportunidad de adorar al Señor. Estas veinticuatro horas de adoración han sido una fiesta penitencial y eucarística. Además habéis pedido con insistencia por las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada y por la santidad de los sacerdotes y consagrados. Este hermoso signo no puede ser algo aislado. Tenemos que acostumbrarnos a venir a la Iglesia a adorar al Señor y prepararnos con la oración para recibirlo en la comunión. Así obtendremos mayores frutos. Quiero invitaros adorar al Señor y santificar con nuestra vida el nombre de Cristo.

Querido Antonio: Vas a recibir la institución del ministerio de acólito, es decir, servidor del altar donde se celebra la eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de Cristo. Debes afinar el oído para escuchar la voz de Dios Padre que te dice como a los criados de la parábola: “Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete”. Fíjate en las palabras y considera realmente lo importante que son para realizar bien tu ministerio. Ten en cuenta que el Señor manda buscar y traer lo mejor para celebrar el banquete para sus invitados. ¿Qué significa esto para ti? Significa que en todo lo que hagas debes poner mucho interés, mucha conciencia y sobre todo mucho amor. Servir al altar para celebrar la eucaristía te compromete a ir a buscar los invitados por todos los cruces de los caminos. Es decir, salir al encuentro de los hombres, de los niños y de los jóvenes, de los adultos y de los mayores, de los enfermos y ancianos. Todos tienen derecho a saber que están invitados a la Mesa del Señor. Y además debes prepararles el mejor traje, el mejor anillo, las mejores sandalias. Debes esforzarte para que quien comulgue el Cuerpo y la Sangre del Señor esté en las debidas condiciones espirituales para que la participación en el banquete eucarístico “no sea para él un motivo de juicio y condenación, sino que le aproveche para defensa de alma y cuerpo y como remedio saludable”.

El acólito distribuye junto al diácono el pan de la vida a sus hermanos y con ellos crece en el amor a Dios y edifica el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Por eso quien sirve el Cuerpo eucarístico de Cristo en la Sagrada Comunión adquiere un compromiso de amor a la Iglesia a la que debe estar siempre dispuesto a servir, especialmente en aquellos miembros que más sufren y padecen.

Fíjate en San José y en la Virgen María. Ellos cuidaron del Señor y gozaron de su compañía en su etapa familiar en Nazaret. Que ellos también intercedan por ti para que el Señor te encuentre siempre digno servidor de su Cuerpo y Sangre. Que siempre estés vestido con el mejor traje de fiesta que es la gracia y que un día Él te haga partícipe del banquete de las bodas eternas.

† Juan Antonio, obispo de Astorga